

*En viaje*



MULLER

M E pueden ustedes juzgar como quieran, pero deseo dejar sentada esta premisa: el vino es la cuna de las artes. Bueno; transigiré, para que ustedes no se alboroten mucho: el vino es uno de los factores que más ha contribuido a su desarrollo y la piedra de toque que nos da la medida del señorío, de la cultura, de la sensibilidad humana. Pueden negarlo tan sólo aquellos que desconocen la verdadera historia de la Humanidad, y haberlo olvidado los que, víctimas de un hígado enfermo, están obligados a estas amnesias.

No quiero que me tomen por erudito, y paso por alto las fiestas a Baco, el joven dios coronado de racimos y de pámpanos, en cuyo honor los romanos entonaban himnos poéticos y recitaban diálogos que, en opinión de los sabios, dieron origen a la literatura dramática. ¡Singular dios este Baco! Recuerden cómo realizó la conquista de la India, aunque sea a través del relato del profesor Humbert: fué al frente de una expedición formada por hombres y mujeres que en vez de llevar armas llevaban tirso, címbalos y tambores, en cuyo ejército iba Aristeo, el que inventó la miel. La conquista no costó ni una gota de sangre, porque los pueblos se sometían contentos a un conquistador que les dictaba leyes sabias, les enseñaba el arte de cultivar el campo y les iniciaba en la elaboración del vino. Pero recuerden sobre todo cómo castigó a las Mineidas, que se habían negado a concurrir a las bacanales: las convirtió en murciélagos.

Menos quiero que me juzguen aprendiz de filósofo o cosa parecida, y dejo de lado el sugerirles una meditación sobre lo que habría sido el mundo en el caso

que Noé no se hubiese emborrachado luego de la horrenda cuarentena del diluvio, porque aún vivió desde entonces 350 años, y Sem y Jafet fueron lo que fueron por sus bendiciones.

Me contento con invitarles a que recuerden colecciones de arte y museos famosos y a que evoquen tantas obras célebres creadas bajo la inspiración del vino: lienzos con animadas escenas de vendimia, tapices con alegres trabajos de la

gar, mármoles que inmortalizaron a las bacantes, bronce, tallas y repujados donde las vides y las uvas constituyen el más hermoso tema decorativo. Y a que piensen en tantos artistas que pintaron sus mejores cuadros, compusieron sus mejores partituras o escribieron sus mejores poemas bajo los hechiceros efectos de mostos vulgares que a nosotros han de parecernos verdaderos

néctares, a juzgar por sus resultados prodigiosos; si Verlaine hubiese sido un abstemio, a gusto de los puritanos intransigentes, la moderna literatura francesa habría quedado mutilada en uno de sus aspectos más interesantes, y si Joaquín Dicenta no hubiese sido un borracho impenitente, el teatro español contemporáneo no contaría con obras tan aplaudidas como "Juan José".

El vino es mucho más que un pretexto en las festividades familiares, sean celebradas en el rico palacio aristocrático o en la pobre casa proletaria: es un símbolo, con igual plenitud expresiva cuando se trata del costoso champaña de las bodegas francesas y del vulgar chacolí tabernario, y un símbolo que habla por sí mismo, sin palabras: basta que las copas se cho-

En el fondo de la copa

por ENRIQUE CAMPOS MENENDEZ



quen para formular un deseo, para sellar una amistad, para confirmar un convenio. ¡Cuántas veces hemos entendido la respuesta anhelada en el movimiento imperceptible de unos dedos nerviosos que se alargan a la copa simbólica! ¡Cuántas veces hemos hecho una declaración de amor con sólo levantar una copa! ¡Cuántas veces hemos concertado una cita en un brindis callado, mudo, que los ojos traducían letra a letra!

En el vino echamos a bogar nuestras alegrías, para que se vayan a navegar marineras, impulsadas por la brisa sutil de todos los afanes, y anegamos nuestras penas para que, ahogadas en el pozo de las últimas gotas, maten el recuerdo de las realidades amargas y únicamente puedan revivir en el engaño ilusorio. Es entonces la copa, tumba —lecho de ensueño tal vez— donde quieren perderse para siempre las esperanzas fallidas, las ilusiones truncadas, los ideales marchitos, los amores infelices como los de aquel pobre Matías Behety, poeta de largo destino, cuya sombra vaga desvaída por la calleja de Carabelas, musitando aún el nombre amado de la señorita Lamberti.

Pero el vino sirve para mucho más: desnuda las almas y las fija en su verdadera

categoría. Ved sino aquella mesa que en el rincón de la "boite" ofrece el curioso espectáculo de una ordenación de verdades que, sin él, continuarían ofreciéndose como una miscelánea de mentiras. Cuando el grupo que la rodea entró, disfrazado con la careta estandarizada de los buenos modales en uso, no era posible distinguir su heterogéneo conglomerado: todas saludaban igual, todos hablaban lo mismo, todos accionaban de idéntica manera. Vedlos ahora, cuando el vino empezó a surtir sus efectos: el uno es un gracioso sin gracia que aburre y adormece, y el otro es un dechado de ingenio que entretiene y cautiva; éste, el inoportuno que revuelve y que grita, y aquél, el circunspeto "gentleman", impecable de modos y maneras, que apenas deja traslucir su estado en una mueca leve, y ésa, la pacífica burguesa, antes tenida como una mosca muerta y ahora transformada en un tábano impertinente y ruidoso que, no contento con las víctimas próximas, se afana en molestar a los mozos y a los músicos.

Debo declararles que no soy un borracho consuetudinario, pero les ruego que si algún día, por uno de esos vuelcos incomprensibles que nos da la vida, me encontraran balanceándome en la calma chicha de una acera, tengan presente este artículo para que les ayude a perdonarme.

E. C. M.

